

sión. Juega con ellos como una niña y no tarda en apiadarse de ellos. Dice que son las luciérnagas de Cuba pero que parecen escarabajos. Para dar una idea de su luz en la noche tropical, Fredrika tiene que echar mano a una metáfora de lluvia planetaria: «Imagínate que los planetas Venus, Júpiter, Marte y otros tan brillantes vinieran volando sobre los tejados, por entre los árboles y arbustos, y entonces habrás visto a los cocuyos». Fredrika los caza, los estudia y los dibuja. «Anoche pude leer sin dificultad a la luz de un cocuyo, moviéndolo sobre las líneas como si fuera una lámpara». Pronto descubre que la nobleza de esos animalitos los convierte en seres «torturados». «¡Ay, son tan tontos!» —exclama la escritora—. Y cuenta cómo los negritos los meten en botellas y los usan como lámparas. Para librar a sus queridos cocuyos de la persecución de los negritos, los soborna y compra su libertad con galletas y golosinas, viéndose perseguida entonces por «decenas de negritos» que desean más galletas por la libertad de sus cocuyos. Un día, los cocuyos que tenía en su habitación desaparecen como había sucedido con las flores. ¿Serían las hormigas? Así lo cuenta ella: «Más tarde en la mañana descubrí una gran araña, negra como el carbón y del tamaño de una mano de niño, que se hallaba en medio de la pared de mi cuarto con un cocuyo en la boca».

Los árboles que más la impresionan son la ceiba y la palma real. La ceiba es tan poderosa, con sus brazos horizontales y su fronda de verde jugoso, que Fredrika dice que es el árbol más bello que ha visto en toda su vida, y que no tiene con qué compararlo. En especial le parece conmovedor ver a esos árboles robustos atacados por el jagüey hembra, una planta parásita que, en forma de lianas o tentáculos, los abraza hasta llegar a asesinarlos. Este cuadro le parece trágico, y anota que le despierta asociaciones de «traición femenina».

Otras observaciones de interés se refieren a la vida diaria habanera. Fredrika se pasea sola por la ciudad con los ojos muy abiertos. Las volantas de La Habana, esos carruajes esbeltos que le daban un distintivo especial a la capital, fascinaron a Fredrika, y las compara con grandes insectos, de enormes patas traseras y un hocico largo. Con las volantas se fija en la figura peculiarísima del «calesero», o sea, el conductor de estos carruajes, que siempre era un negro. El calesero, en la historia de Cuba, está ligado a un rasgo especial de la esclavitud en la isla, donde el esclavo urbano solía vivir en casa del amo. Estos negros solían vestir con amanerada pulcritud y muchas veces podían aprender oficios importantes. La aristocracia esclavista adiestraba a los caleseros con la ayuda de maestros especiales. Eran ceremoniosos, distinguidos y tenían muy buenos modales. Eran también un poco engreídos. Fredrika observa que el calesero, cuando está esperando junto a alguna mansión, «se apea, se sienta cerca del carruaje, fuma y cierra los ojos al sol». Fredrika no sabía que los caleseros gozaban de ciertos privilegios y eran una especie de confidentes de sus amos, aun en detrimento de sus hermanos esclavizados.

Otra cosa que no podía dejar de llamar la atención de Fredrika era el consumo del tabaco. En algún momento dice sospechar que la gente de color se emborracha

fumando, y en otro que, en Cuba, una mitad de la población cultiva el tabaco, mientras que la otra se lo fuma. Y se pregunta, intrigada, a dónde irá a parar esa cantidad de humo. Lo que la escritora no sabía es que la hoja aromática, la deliciosa y fatídica *Nicotiana Tobacum*, ya en el siglo XVII había hecho su entrada triunfal en el reino de Suecia. Es más, no se sabe si fue el propio Linneo el que la llamó Nicotiana, es posible que haya sido él. En 1655 ya Rudbeckius la cultiva en su jardín botánico de Upsala. A mediados del siglo XVIII se cultiva comercialmente el tabaco en 72 localidades de Suecia, ¡nada menos que desde Malmö, en el sur, hasta Pitea en el norte! Kristianstad, la ciudad donde Fredrika recibió las clases de su amigo Bökling, era en ese tiempo la meca del cultivo del tabaco en Suecia, sobre todo en Ahus y, más al sur, en los alrededores de Landskrona. Basta con decir que la última *zafra tabacalera sueca* se realizó en Ahus en 1964. Y que allí se acuñó una palabra sueca ya en desuso, pero en su tiempo muy distinguida: *Ahushavanna*.

Uno de los más sorprendentes valores de las cartas cubanas de Fredrika es la sensualidad de las descripciones. En todas sus novelas Fredrika se cuidó siempre de rehuir las relaciones eróticas de sus personajes, pero es como si en Cuba su castidad se resintiera un tanto bajo el influjo exorbitante del desparpajo que allí lo marcaba todo. Fredrika apunta con agudeza que en la isla la religión no es más que un espectáculo, que las damas van muy elegantes a misa no a rezar con devoción sino a coquetear con los caballeros, quienes, en vez de ser piadosos, no hacían más que golosear los hombros de las señoritas en medio de la solemnidad de la liturgia. Cuando Fredrika describe a las mulatas cubanas, la contradanza criolla o el baile de los negros (a esto último dedicó hermosas páginas) lo hace con un gusto sensual que casi parece lujuria. Oigamos cómo Fredrika vive la brisa cubana: «La brisa indescriptible, a la vez dulce y reanimante, acaricia tu frente, tus mejillas; alza ligeramente tus vestidos, tus cintas; te rodea, te penetra, es como si te bañase en una atmósfera saludable, dentro de la cual renaces.»

Pero no todo es paraíso en el trópico. Cuando la llevan a Guanabacoa, todo lo ve en medio de un espeso marasmo, pues había pasado dos noches en vela a causa del calor y los mosquitos. Un día le aconsejan que desista de dar uno de sus paseos por el campo, en los que visitaba a los negros y estudiaba sus formas de vida, pues había llovido torrencialmente. Ella sale de todas formas y se queda atascada en una guardarraya de fango rojizo «cuya consistencia —dice— no me había imaginado». No es difícil imaginarse a aquella mujer febril y testaruda arrastrando sus faldones decimonónicos por las guardarrayas de Cuba, fascinada por los colibríes, que le parecieron atrevidos y maravillosos, como si no fueran cosa de este mundo. Sus vicisitudes tropicales podrían resumirse con lo que escribe en Matanzas, tras haber estado en el prodigioso Valle de Yumurí: «Medio asada por el calor sufrido durante mi estancia en el campo, regresé a casa, y durante tres días trabajé para librarme de las nubes de pulgas que había traído conmigo de mi excursión idílica.»

Lo único que fue capaz de causar cierto temor a Fredrika fueron los cimarrones, o sea, los negros que se escapaban de las plantaciones y buscaban la vida agreste y libre de los montes. Ella no temía meterse en las barracas de los esclavos; pero alguien le dijo que a veces los cimarrones bajaban no sólo en busca de comida, que recibían de los otros negros (y que, según oyó decir Fredrika, jamás se traicionaban unos a otros a no ser bajo el tormento del látigo) sino que también venían en busca de hembras, que era lo que les faltaba en la manigua, y entonces violaban a la primera que encontraban. En Cuba siempre hubo cimarrones, y son muy conocidos los métodos de cacería humana que los esclavistas usaban para localizarlos y someterlos: partidas de sabuesos amaestrados, que acorralaban al fugitivo y muchas veces lo despedazaban. Pero hasta 1868 hubo palenques (o campamentos de cimarrones) en los montes, donde ni siquiera el ejército se atrevía a penetrar.

Pero Fredrika sabe bien que el paisaje de un país no es la esencia de ese país y todo el tiempo se debate ante la visión de los horrores de la esclavitud. Por eso, para concluir, aclaremos cuáles eran las ideas de Fredrika Bremer sobre esa institución y en qué se diferenciaban de las ideas de los cubanos más destacados de la época.

Ante todo, hay que dejar sentado que Fredrika Bremer tenía una posición de principio ante el problema de la esclavitud. Esta visión puede resumirse así, citando sus propias palabras:

1) «La esclavitud es una gran mentira en la vida libre de la humanidad, y en especial en la del Nuevo Mundo.»

2) «La esclavitud es un pecado que va en contra del derecho y de lo humano.»

Fredrika estaba definitivamente en contra de la esclavitud. Sin embargo, rechazó las ideas abolicionistas. En Boston, que era la cuna del abolicionismo americano, Fredrika tuvo ocasión de conocer a importantes antiesclavistas radicales, y se empapó del contenido de sus ideas. Pero Bremer se expresó firmemente en contra de «las exageraciones de los procedimientos abolicionistas, su falta de equidad y el tono violento de sus ataques». A pesar de la repugnancia que le inspiró el esclavismo, Fredrika mitiga sus propias críticas hasta un punto que el lector atento cree encontrar justificaciones que llegan, a veces, a legitimar aquello que critica. En este asunto Bremer fue muy ambivalente y contradictoria. Fredrika estaba convencida de que los negros eran seres inferiores; serían bailarines deslumbrantes, tendrían ciertas capacidades manuales y podrían llegar a ser virtuosos, gracias a su nobleza (cualidad en la que ella hace mucho énfasis) bajo la tutela de algún amo generoso, pero *por naturaleza* eran incapaces de pensar coherentemente y de influir en su posición social mediante una unión regida por ideas racionales y operantes. Así lo resume ella: «...yo no puedo librarme de mi convicción de que ellos (los negros) son y siempre serán inferiores desde el punto de vista de la capacidad intelectual.»

Consecuentemente, Fredrika condena la esclavitud desde el enfoque de la raza blanca, y su visión de conjunto es patriarcal. Esto quiere decir que:

1) Para Bremer la esclavitud es, en el fondo, más dañina para el blanco que para el negro. O sea, el victimario pierde más que su víctima. El blanco se pervierte, se desmoraliza, pierde el sentido de la justicia y la humanidad y su espíritu emprendedor se resquebraja, al no poder hacerse una idea realista de sus propias facultades por estar rodeado de seres sometidos a su voluntad. Los niños blancos se vuelven despóticos, sin inclinación al trabajo ni respeto a ley alguna.

2) En ningún momento Fredrika analiza las consecuencias morales y espirituales desastrosas que la esclavitud produce en el negro.

3) Fredrika le da mucha importancia al factor económico, es decir, que la esclavitud, en vez de enriquecer, empobrece a los hacendados que con trabajo asalariado serían mucho más prósperos.

Pero, si analizamos la ideología de uno de los más acérrimos enemigos de la esclavitud en Cuba en esa época, José Antonio Saco, observaremos que tampoco él fue más lejos que Fredrika, y aunque nunca se encontraran, sus ideas coinciden. Saco tuvo que exiliarse en 1834, y ya no podría regresar jamás a Cuba. El que lo desterró fue el Gobernador General Miguel Tacón, quien, según oyó decir Fredrika en Cuba, era un hombre despótico y sin escrúpulos. De Tacón dijo un historiador español: «Colón descubrió a Cuba y Tacón la civilizó». Pero el pueblo cubano decía, con su tradicional sentido del sarcasmo histórico, que «Tacón sólo sabía gobernar a taconazos». Pero resumamos cuáles eran las ideas de Saco con respecto a la esclavitud:

1) Saco propugnaba la mano de obra blanca asalariada, dada la superioridad del blanco sobre el negro en todos los sentidos.

2) Saco le otorgaba una importancia capital al aspecto económico: los esclavos, en realidad, no eran rentables como fuerza de trabajo.

3) Saco enarbola como argumento el miedo a las sublevaciones y conspiraciones tanto de las dotaciones de las haciendas azucareras y cafetaleras como de los libertos, y acentúa sin ninguna consideración moral su doble carácter de catástrofe económica: pérdidas de cosechas y todo tipo de bienes materiales pero también de negros, que eran muy caros y, para colmo, había que asesinarlos y mutilarlos cuando se sublevaban.

4) Saco advierte que la presencia negra en Cuba era una plaga y dice textualmente que «el suelo cubano se ha contaminado con la inundación de tantos africanos».

5) Como Fredrika, Saco era partidario de un desmantelamiento gradual de la esclavitud.

Para encontrar una actitud más humana y radical ante los negros tendría Cuba que esperar el advenimiento de otra generación de cubanos. Bástenos recordar que cuando Fredrika estuvo en Cuba faltaban aún dos años para que en una calle modesta de La Habana naciera José Martí, quien poco antes de morir en la guerra de 1895, que derrumbó al poder español en Cuba, escribió: «El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza o a otra: dígame hombre, y ya se dicen todos los derechos.» Y el mismo Antonio Maceo, un mulato, que sería uno de los principales jefes de las dos guerras, la del 68 y la del 95, y que perdió en ellas a